

19º D.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 14,22-33.

Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla mientras él despedía a la gente.

Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo.

Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida:

- ¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!

Pedro le contestó:

- Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.

Él le dijo:

- Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:

- Señor, sálvame.

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:

- ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

En cuanto subieron a la barca amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante Él diciendo:

- Realmente eres Hijo de Dios.

SIEMPRE CON JESÚS A BORDO

Tras el milagro de la multiplicación de los panes y los momentos de exaltación mesiánica vividos, Jesús apremia a sus discípulos a subir a la barca, despide a la gente que le seguía y se retira en soledad a la **«oración»**.

El mar al que se dirigen los discípulos y la noche que viven sus corazones contrastan con la altura del monte en que se ha quedado Jesús en oración. ¡Qué diferencia entre la serenidad de Jesús en oración y las dificultades con que se van a encontrar los discípulos en el lago!

No nos es posible penetrar en el secreto de la oración Jesús, pero todo parece indicar que tendría relación con el entusiasmo vivido por la gente y las proclamas de **«mesianismo triunfalista»** que le acechaban y **«que Él rechazaba»**.

«Jesús necesita descubrir la voluntad de su Padre» en las nuevas circunstancias que le comprometen. Y es que, en los momentos de triunfo, cuando todo sonríe, el Reino también debe ser buscado en la **«oración silenciosa y humilde»**.

Por su parte, los discípulos se encuentran en un momento difícil, en medio del lago, en plena noche, luchando contra un viento que les es contrario. Y he ahí que Jesús, viéndoles en necesidad, se dirige hacia ellos, **«caminando sobre el mar»**. En aquel tiempo, el mar era un elemento que evocaba a las fuerzas del mal, por lo que el hecho de que Jesús fuese en su auxilio, andando sobre ese mar, evoca a su vez que Jesús **«pisotea»** a los malignos enemigos del hombre.

Este es **«el significado de este signo»**. No es una manifestación del poder de Jesús sino la revelación de la **«certeza tranquilizadora»** de que Él y solo Él, derrota a nuestros grandes enemigos: **«el diablo, el pecado, la muerte, el miedo, la mundanidad»**.

También hoy Jesús nos dice a nosotros: **«Ánimo, soy yo, no tengáis miedo»**, aunque **«la barca de nuestra vida»** a menudo se ve zarandeada por las olas y sacudida por el viento. Y es que cuando eso ocurre **«nos quejamos»** de las tormentas del momento que parecen ser nuestros únicos problemas. Pero el problema no son las tormentas del momento, sino **«cómo navegar en la vida»**.



Cón Jesús a bordo no se naufraga

Dice el Papa Francisco que **«el secreto de navegar bien está en invitar a Jesús a bordo»**.

Hay que **«darle a Él el timón»** de la vida para que sea Él quien **«lleve la ruta»**.

«Solo Él da vida» en la muerte y esperanza en el dolor. **«Solo Él sana»** el corazón con el perdón y libra del miedo con la confianza.

Los creyentes debemos enfrentarnos con los problemas de la vida, **«como cualquier otra persona»**, sin esperar jamás que Dios nos los resuelva mágicamente. La fe no significa no tener dificultades, la fe lo que nos aporta es una nueva perspectiva ante ellas y **«la fuerza para tratar de superarlas»**.

Si invitamos a Jesús a **«nuestra barca de la vida»**, al igual que hicieron sus discípulos, experimentaremos que con Él a bordo los vientos se calman y **«nunca naufragaremos»**. Y solo con Jesús a bordo seremos capaces, también nosotros, de **«alentar a otros»**.

Hay mucha necesidad de personas **«que sepan consolar»**, pero no con palabras vacías, sino con palabras de vida, **«con gestos de vida»**. Y en el nombre de Jesús, se da el auténtico consuelo. **«Solo la presencia de Jesús devuelve las fuerzas»**, no las palabras de ánimo formales y obligadas. **«¡Aliéntanos, Señor!»** Confortados por Ti, confortaremos verdaderamente a los demás.

Y hay un detalle más, Jesús en medio de la tormenta **«extiende su mano y sujeta a Pedro»** que, temeroso, dudaba y, hundiéndose, gritaba: **«Señor, sálvame»**. Podemos ponernos en la piel de Pedro, pues también nosotros somos **«gente de poca fe»** que estamos aquí mendigando la salvación. Somos **«pobres de vida auténtica»** y necesitamos la mano extendida del Señor, que nos saque del mal.

Vaciarnos de la orgullosa convicción de creernos buenos, capaces, autónomos y **«reconocer»** que necesitamos la salvación, es **«el comienzo de la fe»**. La fe **«crece»** en este clima, un clima al que nos adaptamos estando preferentemente con quienes no se suben al pedestal, sino que se sienten en necesidad y piden ayuda.

Por esta razón, **«vivir la fe en contacto con los necesitados»** es importante para todos nosotros. No es una opción sociológica, no es la moda del pontificado del Papa Francisco, es una exigencia teológica. Es **«reconocerse como mendigos de la salvación y hermanos de todos»**, pero especialmente de los más necesitados, **«los predilectos del Señor»**. ¡Que así sea!